

BIBLIOTECA CENT.  
U. A. N.

FILÓSOFOS:

Vosotros, los que seducidos y engañados con doctrinas impías, antisociales é insensatas, haceis consistir la dicha y felicidad humana en los deleites de los sentidos como las bestias, ó como dice S. Pablo: *Quorum finis interitus, quorum Deus venter est*; y que adulterando las nociones mas comunes del derecho, de la ley y de las obligaciones, intentais hacer enmudecer á la religion, á la razon, al buen sentido y á la justicia, para establecer una libertad contra el orden, un poder contra el derecho, y unas obligaciones contra la naturaleza; para sumir á la sociedad en un caos, en el cual no habiendo ni regla, ni vallado, cada cual salte y brinque á su antojo; sin tener otra ley que sus violentas pasiones y pensamientos criminales, ni otro Dios que él mis-

FILÓSOFOS:

Vosotros, los que seducidos y engañados con doctrinas impías, antisociales é insensatas, haceis consistir la dicha y felicidad humana en los deleites de los sentidos como las bestias, ó como dice S. Pablo: *Quorum finis interitus, quorum Deus venter est*; y que adulterando las nociones mas comunes del derecho, de la ley y de las obligaciones, intentais hacer enmudecer á la religion, á la razon, al buen sentido y á la justicia, para establecer una libertad contra el orden, un poder contra el derecho, y unas obligaciones contra la naturaleza; para sumir á la sociedad en un caos, en el cual no habiendo ni regla, ni vallado, cada cual salte y brinque á su antojo; sin tener otra ley que sus violentas pasiones y pensamientos criminales, ni otro Dios que él mis-

mo; viviendo, por lo tanto, sin religion, sin deberes, sin ley, y sin esperanzas y consuelo eternos; ¡ay! ¡cuán equivocados estais! ¡Cuán errados caminos, desgraciados!

En mal hora triunfe vuestra impía causa; triunfen vuestras terribles y desoladoras máximas que siempre seria el triunfo del delito, de la liviandad, de la rebelion y de la impiedad; y bien, ¿qué adelantariais? Vosotros, es cierto, lograréis, despues de corromper las masas, y establecido ya el reinado espantoso de la fuerza, ó de las pasiones, destruir los tronos, despojar y demoler los templos, sacrificar á sus ministros, y en suma, dislocar y destruir la sociedad: y en este caso, ¿cuál seria el resultado? ¿cuál? El que pereceréis ciertamente entre sus ruinas. Vosotros teneis dentro de vosotros mismos, es decir, en vuestros principios y doctrinas, las simientes de la destruccion y de la muerte. La esperiencia antigua y moderna os lo muestra: y si no decidme: ¿cómo terminaron sus últimos dias vuestros modernos padres ó maestros? . . . ¿Qué fué de Brissot, Carrier, Lebon, Perrin, Maignet, Velage, Ducos, Barras y Petion? ¿Qué de los gefes orleanistas, del obispo Fauchet, misionero de la anarquía, de Carra y Seillery? ¿Qué de Felipe Igualdad, de Marat y del feroz Danton? ¿Qué de los Robespier-

res, Couthon, Saint-Just, presidente del tribunal revolucionario, Henriot, Dumas, Bernad sacerdote apóstata, Payan Vihiers presidente de los jacobinos, el general Labaete, el zapatero Simon ayo del Delfin, y de Fouquier, miembro del tribunal de los jurados, que en menos de un año hizo sacrificar cerca de treinta mil víctimas? ¿Qué fué, en fin, de estos monstruos y demas que, como ellos, habian jurado destruir de la cristianísima Francia el trono y el altar, siguiendo insensatos las máximas y doctrinas que les inspirara esa filosofia hija del orgullo, de la ignorancia, de la ambicion y de la carne? ¡Ah! Estos filósofos, enemigos mortales del pueblo frances, sin embargo que ellos se llamaban sus mas caros y desinteresados amigos, protectores y defensores, perecieron víctimas de sus propios delitos y furores; son aplastados por el mismo edificio que ellos levantarán, basado sobre el ateo principio de la soberanía é independencia de la razon humana; sus cuerpos execrables fueron arrojados en los mismos fosos que por su orden se habian mandado abrir para ocultar los restos sangrientos de los millares de víctimas que hacian inmolar diariamente. ¡Oh Dios justo! Estos hombres feroces y desnaturalizados, abren ellos mismos el sepulcro que debia encerrarlos: sus cabezas caen al golpe del cuchillo

que ellos afilaran para inmolar la inocencia y la virtud. ¡Ejemplo terrible! ¡Infelices aquellos que traten de imitarlos! . . .

Ello es cierto, que si se vió la Francia regada de sangre humana, sembrada de cadáveres y cubierta de patíbulos durante la mas afrentosa y horrible de las anarquías, y á los malvados mas relajados y feroces, reunidos por el crimen y enardecidos por la impiedad, intentar insensatos destruir la religion cristiana, demoliendo sus templos, despojando sus altares, aboliendo su culto y degollando á sus sacerdotes; y procurar la destruccion de las artes, la ruina de la agricultura, el robo de las propiedades, el asesinato de los ricos y el pillaje de sus bienes; no lo es menos, que todos ellos perecieron en los patíbulos. Y si, en verdad, se vió tambien terminar en ellos á Condorcet, Raynal, Florian, Nicolay, Bailly, Bernabé, Lavoisier, Malesherbes, &c., &c., hombres siempre gratos á las ciencias, fué el justo castigo á que se habian hecho acreedores por las doctrinas con que habian estraviado y arrastrado al pueblo, constituyéndolo en la mas injusta y sangrienta revolucion; de manera, que casi todos sus agentes fueron guillotinado, y los que escaparon con vida, fueron los que errantes se ocultaron en las soledades mas inaccesibles, buscando un asilo

en los antros de las bestias feroces, ó se refugiaron á paises estraños á mendigar su sustento acaso á costa de la caridad cristiana; ó en fin, aquellos que fueron condenados á trabajar con el peso y ruido de las cadenas entre asesinos y malvados. ¡Qué estado de mas confusion y abatimiento el de estos verdaderos proscriptos! ¡Cómo se les podia haber dicho á estos seres desventurados las palabras que dijo Dios á los israelitas idólatras: *Andad é invocad á los dioses que elegisteis, que os libren ellos en tiempo de tribulacion.* . . . . .!

¿Cuándo cesaréis, filósofos, de abusar de vuestra razon y de vuestros conocimientos? ¡Ciegos é ignorantes de vosotros, os diremos con Rousseau: "Víctimas miserables de vuestros aplausos insensatos, no apreciaréis jamas, cuánto odio y desprecio merece el que para desgracia del género humano abusa del genio y de los talentos!" ¡Habeis hallado jamas el reposo y la paz por los caminos de perdicion que os conducen vuestros errores y vuestras máximas? Considerad vuestras esperiencias, sí, vuestras propias esperiencias; y despues decidnos en verdad: ¿qué satisfaccion os ha quedado de vivir entregados á vuestras pasiones? ¿qué dia, qué noche, ó qué instante podréis decir, hablando con sinceridad, vivimos tranquilos, somos felices? ¿cuándo entraréis

dentro de vosotros mismos á contemplar para qué habeis sido criados, cuál es vuestro origen, vuestra naturaleza, cuáles vuestros verdaderos deberes, y cuáles serán vuestros destinos despues de la muerte? ¿No podréis dedicar algunos instantes de los que perdeis en los placeres que os destruyen y embrutecen, ó en las vanas futilidades de la vida, para instruirse y saber de la existencia de un Dios creador y redentor, y de su voluntad; si no hay mas obligacion que seguir vuestros desordenados apetitos; ó por el contrario, existe una ley fija de origen divino, que debeis acatar y obedecer? ¿si á mas del cuerpo á que estais sujetos como las bestias, éste se halla unido á un espíritu inmortal? ¿si éste ha de tener una suerte feliz ó desgraciada, segun fuere su conducta sobre la tierra? ¡Ay! ¿no son dignos de vuestra reflexion y exámen estos grandes é interesantes objetos, que en sentir de Aristóteles, Platon, Ciceron y Séneca, son los primeros que deben llamar la atencion y estudio del hombre, y que por lo mismo, de ellos se han ocupado todos los sabios que han honrado con sus trabajos y sublimes conocimientos las artes, las ciencias y la legislacion?

“ Yo creo, decia Séneca, que he nacido de mas,  
 “ si no me aplicara á estudiar y á reconocer la na-  
 “ turaleza, y por ella venir á contemplar las per-

“ fecciones de su divino Autor. ¿Y si no, á qué  
 “ otro fin (decia escribiendo á un amigo suyo) de-  
 “ bia yo alegrarme de estar en el mundo de los vi-  
 “ vientes? ¿Por ventura para comer y beber y man-  
 “ tener un cuerpo que incesantemente se nutre y  
 “ se corrompe? Quitá lejos de mí este desestimable  
 “ bien. No me es tan preciosa la vida que deba  
 “ por ella trabajar y anhelarme. ¡Oh cuán misera-  
 “ ble es el hombre si no se levanta sobre todas es-  
 “ tas cosas! Cuando luchamos con nuestras propias  
 “ pasiones, ¿qué mucho hacemos? Despues de ha-  
 “ ber triunfado, solo sacaremos el haber domado  
 “ unos monstruos. ¿Estás ya libre de vicios? Pues  
 “ no has adelantado mucho. No está la felicidad  
 “ del hombre en carecer de vicios; esto solo da una  
 “ buena disposicion para contemplar las cosas eter-  
 “ nas, y hacerse digno de la amistad y conversa-  
 “ cion de Dios. Entonces será acabado y perfecto  
 “ nuestro bien, cuando puestos todos los vicios de-  
 “ bajo de los piés, subiésemos hasta penetrar los  
 “ sucesos de la naturaleza. . . . Cuando nuestra al-  
 “ ma gusta las cosas soberanas, entonces se recrea  
 “ y crece, y libre de todos los lazos de la carne,  
 “ resulta á su origen y principio. De aquí toma do-  
 “ cumentos de su origen divino, al ver que las co-  
 “ sas divinas le deleitan y contentan, y que se ocu-

“ pa en ellas como en cosas propias; entonces aprende el hombre lo que antes le traia muy solícito, que es conocer á Dios.”

¡Ah filósofos! ¿hasta cuándo habeis de vivir en pugna contra vuestra razon, ocupados solo en estraviarla y pervertirla con el estudio y lectura, de lo que solo adula las pasiones y engrie y corrompe la carne; en lugar de leer los escritos que hablan al corazon y al espíritu, únicos dignos de la ocupacion y estudio del verdadero filósofo; puesto que solos ellos conducen al conocimiento del Criador, y le enseñan los deberes con que se halla ligado con Dios, consigo mismo y con sus semejantes? ¿Hasta cuándo habeis de resistir al espíritu de Dios, espíritu de paz, de verdad y de consuelo? Dejad vuestros errados caminos; caminos que solo conducen á la perdicion y al sepulcro: detestad vuestras máximas y vuestros proyectos, si no por bien de los pueblos y de la religion, al menos por vuestro propio interes, por vuestra conservacion: conoced vuestra temeridad en el empeño que habeis formado de reformar la obra de la divina Sabiduría y de trastornar los planes de la sábia Providencia. Venid; entrad en los caminos de la vida; seguid los pasos de la religion cristiana; de esa religion divina, que fuera la de vuestros padres y que Pascal defendió,

Newton creyó y Descartes respetó; y que solo la lista de los grandes hombres que la han creido obra de Dios es, segun vuestro maestro D'Alembert, capaz de convencer antes de examinarla á los mejores espíritus, y bastante suficiente para imponer silencio á esa multitud de conjurados impotentes, de algunas altas verdades que enseña tan necesarias á los hombres. Sí, seguid sus pasos, repito, que ella os mostrará los caminos de la vida, fijándoos lo que debeis creer, y dictándoos lo que debeis practicar; y os hará ver cómo es la base de la sociedad, la regla de los deberes y la fuente de todos los bienes y consuelos de la humanidad. Ella os manifestará los beneficios que á manos llenas derrama sobre los hijos de los hombres, y las obras de misericordia que inspira y que solo ella puede dignamente recompensar. Dirigíos á esta Sabiduría eterna, que ella os abrirá los verdaderos caminos de la luz, de las ciencias, de la verdadera libertad y del progreso, y os enseñará los de la verdad, y de vuestros verdaderos intereses; y conoceréis con asombro lo deplorable y desgraciada que es la condicion del linaje humano, si no se arrodilla ante la Cruz del Hijo de Dios y de la inmaculada vírgen María. Sí, sí; ante esta Cruz, único puerto de dicha y de salvacion, y enseña de la verdadera libertad y civili-

zacion de las naciones, fué adonde se acogieron en sus últimos dias muchos sabios y célebres filósofos, ya desengañados, para morir en sus brazos y en el seno de sus inmortales esperanzas. Entre ellos Bou langer, Toussaint, el marques de Argens, Montesquieu, Maupertis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Mercier, Palissot, De Langle, La Metrie, Montaigne. El primero de estos confesó y declaró francamente, que en el fondo de su corazon siempre habia respetado y temido á la religion; y que cuando escribia en contra de ella lo hacia sofocando y violentando la voz de su conciencia; y el último, Montaigne, á quien con razon se puede mirar como el precursor de la incredulidad, murió despues de reconciliado con Jesucristo, levantándose de la cama para adorar la Sagrada Eucaristía: las últimas palabras del inmortal Napoleon fueron consagradas á Dios; al espirar este grande hombre, se acoge y busca el refugio de la fe, confesando la divinidad del Salvador de los hombres.

¿Por qué, pues, filósofos, no seguís estos ejemplos? ¿Por qué vuestra débil razon, conociendo su soberbia é ignorancia, no cede y se postra ante la razon Eterna y Divina, para escuchar con respeto y silencio las sublimes lecciones y verdades que de ella emanan? No, no querer permanecer por mas

tiempo desterrados de la fuente de la verdad y del amor, renunciando á la herencia inmortal á que fuérais destinados por el Criador, herencia que perdida por la prevaricacion de nuestro primer padre, fuera recuperada por Jesucristo. Honrad vuestros extraviados talentos elevándose á contemplar la verdad infinita que contiene nuestros intereses temporales y eternos: nuestra perfeccion y nuestra felicidad se cifran en conocerla, amarla y temerla<sup>1</sup>. “La verdadera ciencia y riqueza del sabio, no es otra que la que viene de Dios y nos conduce á Él, decia Euríspides; si quereis merecer en justicia el nombre de verdaderos filósofos, sed religiosos.” El fin sumo de la filosofia, decia Enrique Moro, que era la religion; y ésta es tambien el fin donde va á parar el estudio del filósofo: *Ab philosophia nunquam recedit religio. . . . philosophia docuit colere divina<sup>2</sup>. . . . itaque si revera immortales esse cupistis. . . . Deos quoque semper et ubique collemini, ad eundemque cultum alius compellimini. . . . maximum*

1 “¡Temed á los dioses, oh Telémaco! este temor es el mayor tesoro del corazon humano; á él acompañan la sabiduría, la justicia, la paz, el gozo, los placeres puros, la verdadera libertad, la agradable abundancia y la gloria sin mancilla.” Fenelon.

2 Séneca, epíst. 72.

*et pulcherrimum hominis munus est Deo servire*<sup>1</sup>.

“ A la filosofía, decia Ciceron, llamaba Platon  
 “ un don precioso del cielo, y yo la llamo inven-  
 “ cion Divina. Esta es la madre de todas las otras  
 “ artes; pero ademas de eso, es tambien la que pri-  
 “ meramente nos instruyó del culto y reverencia  
 “ que debemos á Dios: la que nos enseñó á cono-  
 “ cer los derechos de los hombres, que consisten  
 “ en la sociedad del género humano; y la que nos  
 “ inspira con las ideas de otras virtudes, la modes-  
 “ tia y juntamente la grandeza de alma; la que ar-  
 “ roja de nosotros la ignorancia y los vicios, y nos  
 “ hace ver con unas miras serenas las cosas supre-  
 “ mas é ínfimas; las primeras y últimas; los medios  
 “ y fines de las cosas. Esta filosofía me parece una  
 “ fuerza enteramente Divina, porque hace tantos  
 “ beneficios y tan grandes<sup>2</sup>. ” Ello es indudable,  
 que las primeras nociones de la verdadera filosofía  
 se dirigen á la religion, y sus primeros pasos al pié  
 de los altares: *Philosophia docet omnes homines suum*  
*cognocere auctorem*<sup>3</sup>. Y tambien lo es, lo que decia  
 Bacon, que una leve tintura de filosofía, hace á el  
 hombre vano y disputador, y que comunmente le

1 Dion, lib. 52.

2 Cic. Tuscul. QQ.

3 Aristóteles, lib. de *Somno et mort.*

lleva á la incredulidad; pero que una filosofía pro-  
 funda le lleva á la religion y al conocimiento de Dios.

Elevad, pues, filósofos, vuestras miradas al cielo,  
 que allí está vuestra dicha y vuestro bien, vuestro  
 contento y felicidad, la verdadera sabiduría. ¡Plu-  
 guiese al Altísimo inspiraros este tan santo y racio-  
 nal pensamiento! ¡Ay! ¡de qué admiracion no os ve-  
 riais arrebatados, si iluminados de una luz celestial  
 os vieseis ya libres de remordimientos y temores y  
 rotas las cadenas con que una imbecil y soberbia  
 razon, os tenia aherrojados á ser esclavos de vues-  
 tras pasiones, haciéndoos pasar una vida llena de  
 tedio, de errores, de pesares y de zozobras, y sin  
 esperanzas y consuelos eternos! ¡vida horrorosa!!!

¡Ay del que en sus últimos momentos carece de  
 los consuelos y esperanzas de la religion! ¡Situacion  
 pavorosa y triste, ansiedad amarga, la de un sér in-  
 teligente y racional, que puesto en las puertas de  
 la muerte, no piensa en otra cosa, no espera otro  
 término ó destino para el alma despues de rotos los  
 lazos que la unen á su cuerpo, que la nada que in-  
 sensato cree, ó una eterna desgracia que á su pesar  
 teme! ¡Qué desesperacion! ¡qué remordimientos!  
 ¡qué miedos! ¡qué angustias mas desconsoladoras y  
 espantosas! ¡qué tormentos! ¡qué terrores y agonías!  
 ¡qué desconsuelo no padece!

Debajo de sus piés, como dice Plutarco, no puede menos que ver abiertas las puertas profundas del Tártaro: allí se le manifiestan los lagos estigios, los rios de fuego precipitados como por cascada: de allí suben tinieblas que lo cercan, y una turba de sombras, de furias y quimeras terribles que vuelan cerca de él. Entonces oye voces horrendas, sentencias inapelables, amenazas de verdugos, abismos y calabozos repletos de dolor y de males: *Improbi homines semper quod meruerunt expectant*: Petronio.

Ello es, que ni las invenciones de Sidicio, ni las máquinas de Rodamanto, ni la piedra de Sísifo, ni la rueda de Ixion, ni todos los tormentos que hicieron célebres á los antiguos tiranos, llegan á igualar á las penas que sufre un impío en los últimos momentos de su existencia. Cuando Voltaire al morir se comia su propio escremento para mitigar la rabiosa sed que despedazaba sus entrañas, y desesperado prorumpió con un grito espantoso, diciendo *que moria abandonado de Dios y de los hombres*; dió á sus amigos y al mundo todo, una fatal prueba de esta verdad.

Por el contrario, este estado tan terrible y horroso para el impío, es cuando el cristiano siente y conoce todo el valor, todo el precio de su celestial creencia. Entonces es cuando ve que solo en ella

está todo consuelo, toda verdad y sabiduría, su tranquilidad y su dicha: tranquilidad y dicha que le enajenan santamente, y que son en tan críticos momentos, para él, como las primicias de la propia inmortalidad que espera; siendo feliz en el fondo de su alma, no teniendo, como el impío, impresa en su frente la señal de la inquietud y de la agitacion: *Fugit impius, nemine persequente: justus autem quasi leo confidens, absque terrore erit*<sup>1</sup>.

¡Filósofos! ¡qué momentos mas dulces, qué sentimientos mas tiernos y deliciosos, qué meditaciones mas encantadoras, qué emociones mas puras, qué gozos mas inocentes é inefables no experimentaréis cuando entréis en el goce de las recompensas y premios ofrecidos á los creyentes! ¡Felices los pueblos, y vosotros mas felices, cuando anunciéis sin rebozo el Santo nombre del Señor en Sion, y le alabeis con cánticos en Jerusalem, y digáis con sinceridad con el gran Bossuet: "¡Oh Santa Iglesia Romana, Madre de las iglesias y de todos los fieles! ¡Iglesia escogida por Dios, para unir á sus hijos en la misma fe y en la misma caridad! Siempre estaremos unidos contigo de todo nuestro corazon." Amén.

<sup>1</sup> *Prov.*, cap. 28, v. 1.